

LA FILOSOFÍA EN LA ARGENTINA

UNA OBRA MONUMENTAL DE ALBERTO CATURELLI \

P. ALFREDO SÁENZ

EL presente trabajo de Alberto Caturelli, una pieza maestra de investigación paciente y de acendrado juicio crítico, más allá de toda apariencia de localismo, es una obra de interés universal. En estrecha conexión con su anterior publicación, también magnífica, sobre *El Nuevo Mundo*, a raíz del Vº Centenario del Descubrimiento de América, se propone ahora concentrar la atención sobre el aspecto cultural, consecuencia de aquel descubrimiento, especialmente en el campo de la filosofía. No es, pues, por azar que en el prefacio del primer volumen de la obra que nos ocupa, aluda Caturelli al acto fundacional realizado el 12 de octubre de 1492, que lejos de ser una acción esporádica ha extendido su influencia a lo largo de los cinco siglos transcurridos desde entonces. Bien señala el autor que la conciencia descubridora fue simplemente la conciencia cristiana, la conciencia de la Encarnación, según la cual nada es redimido si no es asumido, de acuerdo a la lograda expresión de los Padres griegos. Por eso la develación de lo originario precolombino implicó no simplemente su hallazgo sino también su asunción, y no sólo su asunción sino su transfiguración por el espíritu del Evangelio, el espíritu del Tabor.

Lejos del ideologismo indigenista de nuestro continente “nuevo”, visión ampliamente manipulada por el marxismo en Iberoamérica y, más recientemente, en la misma Europa, y lejos también de una concepción cerradamente europeísta, que se resiste a aceptar los aportes de lo telúrico, Caturelli destaca lo que llama *la originalidad iberoamericana* (cf. vol. I, p.9). ¿Cuál es dicha “originalidad”? El injerto de la tradición griega, romana e ibérica en la cepa precolombina. Podríase decir que lo originario americano se fue transfigurando progresivamente hasta alcanzar el grado de una “nueva creatura” por la obra fecundante de la cultura cristiana. Por eso todo lo valedero que a lo largo de los siglos ha ido brotando del surco de las nuevas tierras descubiertas no es sino un rebrote de la tradición integral del Occidente.

\ Alberto Caturelli, *Historia de la Filosofía en Córdoba (1610-1983)*, 3 vols., de 503, 316 y 590 pp. Auspicio del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Córdoba, 1992/1993.

En relación con lo que acabamos de decir, el autor sale al paso de una idea ampliamente acogida en los medios bienpensantes de nuestras Patrias americanas, merced a la cual el origen de la cultura iberoamericana se remonta a nuestra separación política de España, como si en los siglos anteriores aquí no hubiese existido ni historia ni, consiguientemente, cultura propia. “Sin embargo, así como estas naciones no comenzaron en los albores del siglo XIX sino que, como tales, existen desde cuatro siglos atrás, del mismo modo una verdadera historia de la filosofía en Iberoamérica debe ser la expresión fiel de lo pensado durante la totalidad del tiempo de sus existencia” (vol. I, p.10).

Es realmente decisivo el propósito de iniciar la consideración a partir de la llegada de España a nuestras tierras. Porque no se trató de un simple toparse de razas sino de una auténtica simbiosis, donde el papel primordial correspondió, como es obvio, a la nación descubridora. Gracias a España, nuestras tierras iberoamericanas nacieron a la cultura. La Escolástica hispana, que nos engendró culturalmente, es la continuadora de las grandes síntesis medievales, con los aportes de las nuevas exigencias que traía consigo el mundo moderno, críticamente asumido. Esa es la España que nos descubrió y nos conquistó, la España que, a diferencia de otras colonizaciones, implantó ni bien pudo en nuestras tierras las primeras Universidades de Hispanoamérica. Desde una Europa sacudida por convulsiones, y que incubaba ya en sus entrañas la rebelión protestante, la cultura de España marcó por aquel entonces uno de los puntos culminantes de la civilización occidental, ofreciéndonos el legado de un vigoroso pensamiento filosófico y teológico. De los siglos XV y XVI son Vitoria, Melchor Cano, Báñez, de la escuela dominicana, así como Toledo, Nieremberg y Gracián, de la Compañía de Jesús, recientemente fundada. Y juntamente con la filosofía y la teología floreció la espiritualidad y la mística con nombres como los de S. Teresa, S. Juan de la Cruz, Luis de Granada, S. Vicente Ferrer y tantos otros. Asimismo en el campo literario, el inmortal Cervantes, Lope de Vega y Calderón de la Barca. No se olvide, finalmente, el particular influjo de España en el Concilio de Trento. Diez años después de su clausura fue fundada la ciudad de Córdoba de la Nueva Andalucía...

Y así nombramos a Córdoba, la “patria chica” del autor de la obra que nos ocupa. Aun para nosotros, los argentinos que no hemos nacido en dicha ciudad, a primera vista podría sonar a “localismo” el intento de escribir una “Historia de la filosofía en Córdoba”. Pero Caturelli sale indirectamente al paso de dicha objeción señalando cómo la ciudad de Córdoba, que está casi en el centro geográfico de la actual Argentina, es una ciudad clave, semiperuana, semiplatina. O, mejor, es el “centro” de cuatro tensiones histórico-geográficas: una hacia el Norte, señalando cierta independencia respecto de Lima; otra hacia el Oeste, es decir, Chile; otra hacia el Este, o sea, el polo de poder de Buenos Aires; y la última hacia el infinito Sur, campo de batalla nunca concluida con los indígenas indómitos. En ese entrecruzamiento de tensiones, se enclava la ciudad de Córdoba, y en ella la primera Universidad de la Argentina, que poco a poco se revelaría como “eje cultural” de la inmensa zona a que antes hemos aludido.

Piénsese que dicha ciudad, a fines del siglo XVI era en realidad una aldea, cuando llegaron los primeros jesuitas que regentarían la naciente Universidad. “En 1602 –escribe el P. Guillermo Furlong–, cuando aquel villorrio sólo tenía 200 habitantes, que ocupaban unas modestísimas casuchas en torno a un terreno baldío, denominado plaza, y cuando apenas podía haber niños para llenar una escuela, aquellos cordobeses ansiaban tener colegio de «Gramática y otras ciencias», y el pueblo cordobés daba ya entonces los primeros pasos para la fundación de una Universidad” (cit. vol. I, p. 44). Fundaron los jesuitas en Córdoba su Colegio Máximo y Casa de Estudios para los estudiantes de la Orden, que luego, con el apoyo del obispo Trejo, hermanastro de Hernandarias, uno de los gobernadores más admirables que ha conocido nuestra Patria, se abrió al público como Universidad, según las líneas generales de todas las Universidades jesuíticas. El P. Juan de Albis (1588-1630) sería, así, el primer profesor de filosofía de lo que es hoy la Argentina¹.

Dada la importancia y el influjo doctrinal que ejercieron los Padres de la Compañía en aquellos tiempos, destaquemos, entre tantas ilustres personalidades como el autor trata en el primer volumen, correspondiente a los siglos XVII y XVIII, a dos grandes jesuitas, los PP. Muriel y Peramás. Bosquejar su pensamiento exige conocer previamente el ambiente que les tocó vivir y la gran labor misionera que la Orden de S. Ignacio se había propuesto: la conversión de los indios guaraníes, para cuya concreción se proyectó una de las experiencias más fascinantes de la historia misionera universal. Los jesuitas crearon pueblos totalmente indígenas, con gobierno local, logrando que aquellos indios no sólo se hicieran cristianos sino que también accedieran a la cultura. Por eso les enseñaron a escribir en su propia lengua, hasta entonces solamente hablada, formaron coros y orquestas que nada tenían que envidiar a los coros y orquestas europeos de la época, instalaron las primeras imprentas en nuestra tierra, les enseñaron el sentido del trabajo, de la propiedad, del matrimonio y de la vida en general.

Una experiencia tan inédita llevó a los Padres de la Orden a estudiar cuestiones ajenas a la problemática nueva que la experiencia les presentaba. Entre ellos se destacó el P. Domingo Muriel (1718-1795), gran conocedor de los clásicos

1 Al mismo tiempo que espigamos –en una obra tan extensa– algunos autores que despiertan nuestro mayor interés, para que el lector no pierda la visión de conjunto ofrecemos un brevísimo resumen de cada volumen. El primero está dedicado a los siglos XVII y XVIII: Los orígenes de la enseñanza filosófica en 1610, la fundación de la Universidad en 1613, el neoplatonismo cristiano de Luis de Tejeda. Estudia luego el lugar de la filosofía en la pedagogía jesuítica y pasa al siglo XVIII: La metafísica anselmiana de Bruno Morales, la lógica de José Angulo (primera mitad del siglo), la ciencia en la Universidad, la metafísica de Eugenio López y los supuestos metafísicos en los tratados teológicos de Gaspar Pfitzer. Todo el cap. III está dedicado al pensamiento de Domingo Muriel y el IV a la lógica de Plantich, la dialéctica de Mariano Suárez y la notable cosmología de Benito de Riva. Sus cursos manuscritos son expuestos y examinados, lo mismo que los notables tratados de Juan Rufo (cap. V). El cap. VI está dedicado al pensamiento de José Manuel Peramás y el VII al del obispo San Alberto. Desde el cap. VIII, después de la expulsión de la Compañía (1767) aparecen los pensadores franciscanos como Mariano Ignacio Velazco, Cayetano Rodríguez y sobre todo Elías del Carmen Pereira (cap. IX), cuya filosofía ontologista es expuesta integralmente, lo mismo que la de su crítico fray Anastasio Mariano Suárez, cuyo *Cursus Philosophicus* merece todo el cap. X. Desfilan, por fin, los últimos filósofos franciscanos como Manuel Suárez de Ledezma, Mariano Chambo, Martín de Velázquez y Pantaleón García (cap. XI).

griegos y latinos, de la filosofía antigua y moderna, muy versado en teología, y sobre todo en la Sagrada Escritura, frecuentador de los Padres de la Iglesia y de los grandes escolásticos, experto en derecho y en lenguas varias. Pues bien, este Padre, munido de tanta cultura, quien dictó en Córdoba un curso completo de filosofía, no tuvo a menos abocarse a la consideración de los problemas que las reducciones de indios traían consigo, lo que expuso en su *Rudi-menta iuris naturae et gentium*. Pregúntase allí por el estado de los pueblos indígenas anterior a la conquista. La escasa conciencia moral de aquella gente tan primitiva hizo que Muriel considerara que se daba en ellos una evidente atenuación del dictamen del derecho natural. Mostraban asimismo una especie de desconocimiento del derecho de posesión personal, lo que llevó a que los Padres idearan un régimen mixto de propiedad: lo que en lenguaje guaraní llamaban el *Abambaé* (propiedad del hombre), que cada uno cultivaba para sí; y el *Tu-pambaé* (propiedad de Dios), o posesión común, con lo que se aseguraba lo que hoy llamamos las obras sociales, en orden a mantener a las viudas, los huérfanos, etc., así como también todo lo relativo al culto de Dios, según lo manifiestan los magníficos templos que elevaron, verdaderas catedrales, cuyas ruinas aún hoy son objeto de admiración universal.

El otro pensador es el P. José Manuel Peramás (1732-1793), quien hizo sus estudios en la Universidad de Córdoba. Tras ordenarse sacerdote fue destinado a las misiones guaraníicas. La lectura de los clásicos, principalmente de Platón, el conocimiento de Muriel, y su notable erudición tanto filosófica como histórica, le permitieron escribir varias obras suscitadas por el medio americano y pensadas en él y desde él. Crítico acérrimo del Iluminismo liberal, la tradición no era para él una palabra carente de sentido sino “algo inmanente en la nobleza de los antepasados, una cierta fuerza que no deja de generar a los descendientes de la antigua gloria” (cit. vol. I, p.316). Precisamente desde el fondo de la tradición helénica, teniendo en cuenta sobre todo la “República” de Platón, intentará esclarecer los problemas suscitados por la experiencia indígena, concretada en las Reducciones guaraníes. De ahí que juntamente con su rechazo del Iluminismo liberal proponga la instauración de una república cristiana como transfiguración de la ciudad antigua, estableciendo un correlato entre el régimen guaraní y la República soñada por Platón. Su libro se llamará “La República de Platón y los guaraníes”. Allí sostiene que la experiencia que la Orden estaba llevando a cabo constituía el mejor mentís a aquel “rebaño epicúreo de filósofos dementes” (ibid.) y a los mitos de la Revolución francesa, comprobando, como dice Catu-relli, “que esta elevación de los guaraníes al orden sobrenatural curaba y sobre-elevaba a la misma naturaleza en cuanto naturaleza” (vol. I, p.325). Apasionantes resultan los paralelismos que instaura Peramás, punto por punto, entre la pastoral llevada a cabo por los misioneros en las reducciones y el ideal que Platón gestó para su ciudad, que llegan a detalles como la unidad de idioma, el número ideal de habitantes, el primado del lugar del culto, la comunidad de bienes, o mejor, lo que hoy llamaríamos el sentido social de la propiedad, la educación, las bellas artes, sobre todo la música. Paralelo realmente magistral que muestra hasta qué punto

la república guaraní era para Peramás una especie de trans-posición cristiana de la ciudad platónica, al tiempo que una transformación des-de las raíces de la ciudad antigua.

Dentro de la época todavía hispánica, destaca Caturelli otra figura admirable, la de *José Antonio de San Alberto* (1727-1804), carmelita descalzo, uno de los obispos más conspicuos de la época, quien identificaba su quehacer pastoral con la vocación docente. A pesar de haber nacido en España, amó entrañablemente a nuestra tierra, tratando de penetrar en la idiosincrasia del hombre que tenía que educar, y descubriendo ya desde entonces las que serían notas distintivas del hombre argentino. Intuyó que las largas distancias y enormes extensiones engendraban un hombre individualista y solitario, de costumbres sobrias, amante de la libertad. Caturelli atisba la fibra filosófica de San Alberto a través de sus Cartas pastorales. Su fundamentación en los grandes pensadores griegos, sobre todo Platón y Aristóteles, lo llevó a entender que el cuidado principal de los que gobiernan es la educación de sus súbditos, con la participación inobviable de las familias. San Alberto instaura un profundo análisis de lo que es el hombre, de lo que en su vida implica el pecado, de lo que significa la formación cristiana. No es, por cierto, un filósofo en sentido estricto, pero su actitud deriva de una sana filosofía que lo lleva a traducir en palabras y en instituciones lo que piensa. Sus ideas sobre la política, en íntima ligazón con su concepto de la educación, llevan subyacente una fuerte reacción contra el ambiente creado por el Iluminismo, y su tendencia a desacralizar todo lo humano, sobre todo la política. Básase para ello en las ideas de S. Agustín y, más cercanamente, en las de Bossuet. Para concretar su pensamiento redactó una suerte de vademecum o catecismo, donde presenta de manera sistemática las líneas esenciales de una política católica. Trátase de una Instrucción teológico-política, que tiene especialmente en cuenta las doctrinas de los “novadores” o filósofos de la Ilustración, para acentuar, en contraste con ellos, y en forma de preguntas y respuestas, la potestad del Rey y cómo su autoridad viene de Dios, del cual es “segunda magistrad”, y no del pueblo (soberanía popular), de modo que los reyes son vicarios de la majestad divina o imágenes de su soberanía. El Príncipe deberá asentar su actuación sobre cuatro columnas: Verdad, Justicia, Clemencia y Religión; habrá de ser protector de la Iglesia, sin “poner mano en el santuario”. Deber de los súbditos será honrar, respetar y obedecer al Rey. Esta Instrucción, publicada cinco años antes de que estallara la Revolución francesa, tiene muy en cuenta las ideas disolventes que la Ilustración producía en la sociedad de entonces, en ese siglo “que solamente por ironía se puede llamar el Siglo de las luces” (cit. vol. I, p.372).

Espigando en el segundo tomo de esta obra imponente ², dedicado ya a la época en que la Argentina se independizó de su Madre Patria, destaquemos los análisis del autor sobre figuras como *Pedro Ignacio de Castro Barros* (1777-

2 El segundo volumen está dedicado al siglo XIX. Luego de un análisis tanto de la situación cultural como de la filosofía del siglo, el cap. I constituye una exposición integral del pensamiento del Deán Gregorio Funes. Inmediatamente estudia a Miguel Calixto del Corro, precursor de la Independencia y la novela filosófica (inédita) de Juan Justo Rodríguez (cap. II). El cap. III analiza

1849), sacerdote riojano que si bien no dejó ninguna obra sistemática ni se conserva casi nada de sus cursos de filosofía, reveló un elevado temple intelectual en sus sermones y opúsculos. Su preocupación crítica fundamental fue la filosofía moderna en sus aspectos inmanentistas y su posible incidencia en la vida cultural de la Argentina. Por lo que enrostró con coraje las teorías deístas de la Enciclopedia, especialmente de Rousseau. La educación cristiana es, según él, la mejor manera de salvar los “derechos del hombre”, expresión que emplea en sentido opuesto al de la Revolución francesa, ya que “un solo grado de gracia hace al hombre más feliz que el logro de todo el mundo” (cit. vol. II, p.101).

Incluye Caturelli un análisis, breve pero enjundioso, de la simpatiquísima figura del batallador fraile franciscano *Francisco de Paula Castañeda* (1776-1832), que enfrentó también, sobre todo desde sus numerosos periódicos, la impostura liberal, así como de *fray Olegario Correa* (1818-1867), gran dominico y defensor de la fe.

Un amplio espacio destina a exponer las ideas de un laico ejemplar, *Manuel Demetrio Pizarro* (1841-1909), más conocido en la Argentina por su actuación política, ya que fue ministro del Gobierno nacional, que por su razonamiento teórico, que alcanza momentos de notable profundidad. Destaca Pizarro el satanismo de un pensamiento sin religión, eco de la “soberbia angélica”, y que engendra una moral satánica, una política satánica, una ciencia satánica, según afirma. Tratando de la vida cívica del católico condena sin atenuantes el mito de la representación del pueblo y de la soberanía popular. “El gobierno no re-presenta al pueblo. La autoridad del gobierno no es la autoridad del pueblo. Todo gobierno representa una soberanía; pero esta soberanía no es popular. El pueblo no es soberano. Se engaña lastimosamente cuando se le dice que es soberano” (cit. vol. II, p.239). Las encíclicas *Inmortale Dei*, acerca de la constitución cristiana de los estados, y la *Libertas*, sobre la libertad humana, son para Pizarro el mentís más rotundo de cualquier presunto proyecto de un país ateo. Adelantándose a su tiempo, denuncia el peligro de una suerte de asamblea de naciones en camino hacia un gobierno mundial, de signo agnóstico. En relación con lo cual cita a un pensador judío, Joseph Salvador, quien sostenía que el verdadero Mesías no era otro que el pueblo judío; si los judíos se hubiesen hecho cristianos, acotaba el

temas fundamentales como el de la justa causa de la independencia en Pantaleón García, el pensamiento militante de Castro Barros, de fray Francisco de Paula Castañeda y el notable de Pedro Luis Pacheco. Luego de un intervalo dedicado a la enseñanza de la filosofía desde el punto de vista institucional (cap. IV), considera minuciosamente lo que el autor llama “los heterodoxos cordobeses”: Ramón Ferreira y su filosofía racionalista del derecho, la introducción del krausismo y el positivismo de Moyano Gacitúa (cap. V). El cap. VI, después de analizar un curso anónimo de ética, da a conocer el amplio pensamiento filosófico y pedagógico de Martín Avelino Piñero, cerrándose el capítulo con el estudio de la apologética de fray Olegario Correa. Desfilan después David Luque, Rafael García, Pablo Julio Rodríguez y los antecedentes del renacimiento tomista en Gerónimo Cortés. Dedicó amplio espacio al pensamiento tradicionalista de Manuel Demetrio Pizarro (cap. VII), concluyendo con Juan Manuel Garro, Achával Rodríguez y la filosofía pedagógica de Tobías Garzón. El último capítulo (VIII) expone cuidadosamente el pensamiento tomista de fray Mamerto Esquiú, Obispo de Córdoba, y los antecedentes del renacimiento de la filosofía cristiana en Fernando Falomí y Jacinto Ríos.

mismo autor, habrían traicionado al mundo para el cual se conservaban tales; “ellos tendrán su turno cuando la civilización cristiana esté agotada”; y así, concluía, la nación judía que se resiste a cristianizarse trabaja esperando su hora suprema, cuando llegue el momento de la “nueva unidad” (cit. vol. II, p.245). Pizarro cree que ese futuro no es demasiado remoto. Será el triunfo del culto de la riqueza y de la fuerza representada por el Becerro de Oro. Frente al coloso del Norte, propone la creación de los Estados Unidos del Sur, según el sueño de Bolívar y San Martín.

Si pasamos al tercer volumen, donde se incluyen los pensadores del siglo XX, encontramos comentarios realmente esplendorosos³.

Nos pareció, por ejemplo, fascinante su meticuloso análisis de uno de los grandes de la cultura argentina, *Leopoldo Lugones* (1874-1938), con su viaje metafísico de ida y de vuelta, acercándose cada vez más a una posición católica y nacional, hasta terminar con el misterioso suicidio. Si bien no se puede decir de él que haya sido un filósofo de profesión, sin embargo su prosa y hasta su poesía están transidas de una inteligente visión filosófica.

Detengámonos brevemente en uno de los autores que Caturelli estudia con especial cuidado y hasta con afecto, diríamos, a pesar de todo lo que de él lo separa. Nos referimos a *Saúl Taborda* (1885-1944), un típico hijo de la tierra por su modo de pensar, pero principalmente por su modo de ser. Durante su juventud atacó a un cristianismo que creía inescindiblemente unido al modo de vida liberal-burgués, acercándose a posiciones del socialismo anárquico, al estilo de Bakunin. Fustigó asimismo duramente a los partidos políticos y el sufragio universal, señalando la inadecuación de nuestra legislación, copiada del extranjero, con el país real; “aplicaron a la botella un rótulo que no ha correspondido jamás al contenido” (cit. vol. II, p.196). Tal es el origen del antiliberalismo de Taborda y de su primer entusiasmo por la revolución soviética de 1917. El cristianismo era para él algo endeble, infantil e ineficaz. Con el tiempo, empero, se iría

3 El tercer volumen (cuarta parte de la obra) estudia el pensamiento filosófico comprendido entre 1900 y 1983. Da a conocer autores casi totalmente desconocidos como Nemesio González, crítico del positivismo y antecedente del renacimiento tomista. Se detiene en el pensamiento tomista precursor de fray José María Liqueno de principios de siglo (cap. II) y dedica un amplio capítulo III al pensamiento de Leopoldo Lugones. Dedicó unas páginas a la revuelta de 1918 (que no fue ni “reforma” ni “universitaria”) y estudia la iusfilosofía neokantiana de Enrique Martínez Paz (cap. IV). Todo el cap. V está dedicado al pensamiento de Saúl Taborda y el cap. VI al desarrollo del pensamiento cristiano. Desfilan las figuras de Audino Rodríguez y Olmos (cap. VI) y luego la figura docente de Luis G. Martínez Villada y la restauración de la antigua Facultad de Filosofía. El extenso capítulo VII está dedicado al estudio del tradicionalismo místico de Rodolfo Martínez Espinosa, al liberalismo espiritualista de Manuel Río y a las doctrinas filosófico-teológicas de Francisco J. Vocos, el recordado P. Alberto García Vieyra, fray Mario Pinto y otros autores. El cap. VIII estudia la filosofía social y el historicismo de Raúl Orgaz y Rodolfo Mondolfo. El cap. IX se divide entre el humanismo ateo de Carlos Astrada y el ontismo de Nimio de Anquín; el cap. X está íntegramente dedicado al pensamiento de Alfredo Fraguero; el XI al espiritualismo cristiano de Emile Gouiran y la filosofía de la arquitectura de Ángel T. Lo Celso, cerrándose la obra con la exposición del carácter cristiano del Martín Fierro en el estudio de Francisco Compañy. La obra ofrece una conclusión amplia donde el autor considera probada la continuidad del pensamiento y de nuestra tradición integral. Ofrece un índice de nombres de 45 páginas (545-590) que resultará útil al estudioso y al lector atento.

distanciando del marxismo, tanto como lo estaba del liberalismo, al punto de denunciar en el “Manifiesto” comunista “su filiación liberal” (cit. vol. III, p.213). Anheló para la cultura la instauración de una Universidad cuyo pivote fuese la Facultad de Filosofía, como “lugar central de los estudios sin fin, sin «para»” (ibid., p.214), es decir, lugar in-útil, no utilitarista. Al parecer, era un hombre que no pecaba contra la luz. Y así señaló con fuerza la gravedad de que nuestro Estado fuese un “Estado de importación”, cuya primera manifestación, dice, lo constituyó la traducción entre nosotros del “Contrato Social” de Rousseau. Tal fue el error inicial de los hombres de nuestra independencia, su voluntad de “apar-tarse de la tradición española”. Olvidaron que desde antes de 1810 existía entre nosotros una “nación”, trasunto de un fenómeno vivo que Taborda llamará “lo facúndico”, aludiendo a uno de nuestros grandes caudillos federales, Facundo Quiroga, enemigo declarado de los que luego, para desgracia de nuestra Patria, resultarían los vencedores en la contienda civil, los integrantes del partido unitario, liberal y centralista a ultranza. Quiroga fue asesinado; en él, dice Taborda, se quiso matar el antiguo espíritu de Castilla, ya que los caudillos eran una sín-tesis lograda de la relación del individuo con el medio. Como puede verse, Taborda fue pasando de su juvenil entusiasmo por la comuna de Bakunin al federalismo comunalista hispánico de su madurez, simbolizado en Quiroga, “el caudillo de los caudillos”, como lo llama. De ahí su exaltación de “lo facúndico”, médula de la herencia española. Tal tradición está a mil leguas del liberalismo que luego se quiso imponer, así como dista sideralmente del mismo “la psicología que informa la estructura de nuestra alma” (cf. vol. III, p.249). No habrá recuperación nacional sobre elementos prestados, sino sobre el “genio facúndico”. Sin abandonar su vitalismo irracionalista y su agnosticismo metafísico, Taborda se acercó ampliamente a los puntos de vista del pensamiento nacionalista católico.

Aludamos, finalmente, a un último pensador cuyo tratamiento en este libro despertó nuestra especial atención. Nos referimos a *Rodolfo Martínez Espinoza* (1894-1953). Autor de un extenso epistolario, mantenido con personajes como René Guénon, Jacques Maritain, Charles Maurras, y tantos otros, fue uno de los grandes animadores del pensamiento en la Córdoba de este siglo. Profundamente religioso, de acendrado amor a la liturgia, centraba su pensamiento en la filosofía de S. Tomás, al que complementaba con Newman, Soloviev, Claudel y Chesterton, en orden a una restauración del orden metafísico y del sentido simbólico y sacro del universo, perido en la confusión del inmanentismo avasallante. Deducía el simbolismo universal del simbolismo de la Escritura; en la escuela de Dionisio Areopagita, todo el universo era para él “un inmenso texto litúrgico”. Admiraba asimismo a León Bloy, también por su adhesión a los símbolos y la exégesis simbólica, en razón de lo cual lo consideraba un eximio continuador de los Padres de la Iglesia. Adhirió al movimiento católico nacionalista, viendo en la revolución de 1930 “un acto de defensa del organismo nacional contra los venenos y las enfermedades traídas por el liberalismo y el marxismo” (cit. vol. III, p.339). Juzgaba que la Constitución vigente no correspondía a la Argentina porque “una constitución legítima debe ser expresión profunda y se-

cularmente válida del ser real de la nación” (cit. vol. III, p.341). Denunció asimismo la falacia intrínseca del “panamericanismo” promovido por Norteamérica, solapada forma del imperialismo anglosajón. En última instancia, decía, “capitalismo y comunismo son un extremo, sí, pero un solo extremo... bífido” (cit. vol. III, p.345).

C C C

Obra ciclópea, sin duda, la de Alberto Caturelli, que se agrega a sus valiosos libros anteriores. Pocas veces hemos podido encontrar tan inextricablemente ligadas la profundidad intelectual, el análisis crítico y la impresionante erudición que trasuntan estas páginas.

Entre las primeras clases de filosofía, dictadas por el J. Juan de Albis en 1610, y diciembre de 1983, han transcurrido 373 años, casi cuatro siglos. Sin desconocer ni omitir el análisis de tantos pensadores que dieron la espalda a nuestros gloriosos orígenes, Caturelli se complace en destacar la continuidad de una tradición cultural que es menester cuidar, enriquecer y transmitir. Dicha tradición, insiste al término de su obra, no pertenece sólo a Córdoba, sino a la Argentina y a toda Iberoamérica; “es, por un lado, la tradición griega, romana e ibérica toda presente en el acto descubridor del Nuevo Mundo, jamás concluido, y por otro, la tradición indo-americana nacida por la transfiguración del mundo originario por obra de la conciencia cristiana” (vol. III, p.542). Y conste que no se trata de un mero conglomerado artificial. Lo que España ha sembrado entre nosotros, y luego se ha desarrollado, constituye algo nuevo y original, lo único verdaderamente autóctono, lo que realmente ha brotado de nuestra tierra. “Toda yux-taposición extrínseca no será más que un modo de colonialismo cultural y en el fondo una no-cultura o una anticultura” (vol. III, p.543).

Como se ha podido ver, la presente obra no se restringe a la exposición del pensamiento estrictamente filosófico y académico de los numerosos autores de que trata, sino que incursiona en el orden más general de la cultura. En esta recensión nos hemos detenido principalmente en el segundo aspecto, por considerarlo de un interés más universal. “Historia de la filosofía en Córdoba”, la ha titulado el autor. Pero, según dijimos al comienzo, no es una obra “localista” ni “aldeana”. Si bien limita la indagación a una zona particular, ubicada en el centro de la parte sur del continente iberoamericano, su mirada es generosamente universalista. “Tengo ahora la esperanza de que este esfuerzo (que me ha demandado tantos años de estudio) sea imitado por algunos colegas de Iberoamérica para que un día sea realidad la historia integral de la cultura iberoamericana” (vol. I, p.11).

LIBROS RECIBIDOS

- CALABRESE-MANCEÑO-PARDO, *Lengua y Literatura I*, Fasta, Bs. As., 1991, 220 págs.
- CARMELO E. PALUMBO, *Guía para un estudio sistemático de la Doctrina Social de la Iglesia*, C.I.E.S., Bs. As., 1991, 461 págs.
- ENRIQUE J. LAJE, *El Nuevo Orden Mundial y el Cristianismo*, Centro de Formación San Roberto Bellarmino, Bs. As., 1992, 217 págs.
- ENRIQUE LOMBARDI, *Iubilate Deo*, Cruzamante, Bs. As., 1994, 95 págs.
- FR. CONTARDO MIGLIORANZA, *Don Antonio Solari. Un santo de saco y corbata*, Misioneros Redentoristas, Bs. As., 1995, 256 págs.
- FR. MARIO J. PETIT DE MURAT, *Una sabiduría de los tiempos*, Cruzamante, Bs. As., 1995, 110 págs.
- FRANCISCO J. VOCOS, *¿Cuál es el fondo de la crisis?*, Centro de Formación San Roberto Bellarmino, Bs. As., 1993, 122 págs.
- HÉCTOR H. HERNÁNDEZ, *Ensayo sobre el Liberalismo Económico*, Centro de Formación San Roberto Bellarmino, Bs. As., 1994, 455 págs.
- JAIME NUBIOLA, *La renovación pragmática de la filosofía analítica*, Eunsa, Pamplona, 1994, 109 págs.
- JEAN DE VIGUERIE, *Histoire et Dictionnaire du Temps des Lumières*, Laffont, París, 1995, 1730 págs.
- JULIO TRIVIÑO, *30 días de Ejercicios Espirituales*, Cruzamante, Bs. As., 1994, 202 págs.
- LEÓN A. GALLARDO, *Coplas al estilo criollo*, Argenta, Bs. As., 1995, 92 págs.
- MARIANO ARTIGAS, *El desafío de la racionalidad*, Eunsa, Pamplona, 1994, 88 págs.
- MARIE-JOSEPH NICOLAS, *Rencontrer Dieu*, Tequi, París, 1994, 181 págs.
- MONS. JUAN R. LAISE, *Catecismo para la iniciación cristiana*, Librería San Pío X, Bs. As., 1995, 134 págs.
- MONS. JUAN R. LAISE, *Catecismo para la iniciación cristiana. Bautismo*, Librería San Pío X, Bs. As., 1995, 94 págs.
- MONS. JUAN R. LAISE, *Catecismo para la iniciación cristiana. Primera Comunión*, Librería San Pío X, Bs. As., 1994, 238 págs.
- MONS. JUAN R. LAISE, *Catecismo para la iniciación cristiana. Confirmación*, Librería San Pío X, Bs. As., 1994, 127 págs.
- MONS. JUAN R. LAISE, *Catecismo para la familia cristiana*, Librería San Pío X, Bs. As., 1994, 126 págs.
- MONSEIGNEUR CHEVROT, *La foi de l'enfant*, Tequi, París, 1987, 60 págs.
- SANTIAGO ORTIGOSA LÓPEZ, *Fuera de programa*, Euiunsa, Barcelona, 1994,